

Exaltación en honor de
NTRA. SRA. DEL ROSARIO
con motivo del LXXV Aniversario
de su bendición

Pontificia, Real e Ilustre Hermandad,
Primitiva Orden Tercera
del Santísimo Rosario
de la Santísima Virgen María
y del Gran Patriarca
Santo Domingo de Guzmán

Francisco Javier Segura Márquez

21 de octubre de 2012

Parroquia de San Julián

PROEMIO: DANZA DE FUEGO EN SAN MARCOS

Se había quedado San Marcos
como en una noche oscura,
tras la noche iluminada
por las llamas de la furia.
La noche que no fue noche,
porque las noches se alumbran
con la plata de los astros
que en lo más alto, en las brumas,
donde las nubes se funden
en los cercos de la luna.
San Marcos estaba hueco
como una mina en que apuran
plata donde ya el carbón
todo lo cubre y lo ofusca.
San Marcos fue el escenario,
el colmado y la tribuna,
donde el fuego y la madera
danzaron como antes nunca,
que en esa danza sin brazos
ni rodillas ni cintura,
las llamas, como en cortejo,
rodearon la hermosura,
lo mismo que una gitana
en el fragor de la rumba,
derriba todos los muros
que la paran y la anulan.
Y en esa danza del fuego
que imagino, en que se turnan,
los azules y los granas
y los violetas que ondulan,
en el núcleo de las llamas
la agitación de las turbas,
pone su airado tormento
y rompe las cerraduras,
y convierte en hojalata
lo que antes fue plata fúlgida.
Danzaba, danzaba el fuego,
y en sus poses y figuras,
derritió las yeserías
como si fueran de azúcar,
devoró de los altares
los zócalos, las columnas,
trepó por los brocateles
de las pilastras desnudas,
y avivó, como en catarsis
del miedo y de la locura,
en las lámparas votivas,
las llamas de las alcuza.
¡Qué triste el baile del fuego

aquella noche confusa,
de no saber donde huir
para escapar de la lucha
del fuego con la madera,
del hombre contra la injusta
pelea de sangre y alma
que en las calles se dibuja.
Pebeteros inconscientes,
las parroquias articulan
un monólogo de aullidos
y quejidos que me asustan,
si imagino los crujidos
de las bóvedas que tumban
los púlpitos sometidos
al peso de la estructura.
San Marcos en mi relato
que se quema y se derrumba.
Y en un altar escondida,
fundiéndose entre las rubias
flores de talco que tiemblan
delicadas y translúcidas,
la que fue antes que tú fueras,
la que fue porque presumas,
de elegancia, de belleza,
de porte y de donosura.
Consumiéndose entre odios
destella la plata fúlgida,
pierde la luz y se apaga
eclipsándose en la lúbrica
apoteosis dorada
del oro que se licúa
y baja como en cascada,
manantial en las penumbras.
Los encajes y las sedas,
los bordados se despuntan,
las cintas de las enaguas,
arden aunque están ocultas,
y el alma del candelero,
del suelo hasta la cintura,
se rompe, se desmorona,
y en el río de la impúdica
violencia de aquel envite,
el rostro se desfigura,
y se pierde para siempre,
la mirada en cuya búsqueda,
encontraron el consuelo,
la bendición y la ayuda.
Aquella danza del fuego...
Para el verso porque huyan

las metáforas creadas
y las palabras tan duras.
Aquella danza del fuego
que amaneció ya trasunta
en bocanadas de humo
negro subiendo a la altura.
Julio se desperezaba,
todo cenizas blancuzcas,
con canas sobre las sienas
los niños de pecho y cuna,
todo incendio y todo muerte
y todas las flores mustias.
Todos los rostros cambiados,
todas las sonrisas mudas,
el Parque de María Luisa
sin sus jacarandas fucsias,
la Plaza Nueva vacía,
y la Palmera confusa
sin paseo de niñeras
cortejadas por reclutas.
Sevilla no era Sevilla,
Sevilla aquel día, impura,
manchados los adoquines
por la hemorragia profunda
de un pueblo que derramaba
sus lágrimas y amargura.
Después del fuego danzante,
Sevilla sin luz, sin una
sola lámpara de aceite
que flota como un nenúfar,
sin un quinqué como aquellos
en los que la luz se ondula,
sin un farol que encendieran
el sereno a la hora justa...
Dejaba su danza el fuego
sin vida que se consuma...
Los nacionales descubren
lo que las puertas ocultan.
Y ya en alberca San Marcos,
ya no es marco ni es moldura,
ya está Dios neutralizado
ya no está ni se le busca.
San Marcos está perdido
hasta que llora y se ofusca
Manuel Casana en su humana

filantropía más ruda.
Y allí donde no ve nada,
allí donde ya basura,
fue lo que estimo San Pablo
la cruz, la cruz, se vislumbra
un resquicio de esperanza,
se detiene y se pregunta:
¿es que no vas a volver,
Rosario? ¿Sin más excusa
que el fuego de la impaciencia
te olvidas de nos? La angustia
supera y llena de miedo
a aquellos miembros de Junta.
En la batalla del fuego
gana el fuego, pero escucha...
En la guerra del amor
gana el Rosario, y las gubias
de Fernández Andes ponen
de nuevo en pie su finura.
Bailaba el fuego en San Marcos,
y ahora el fuego hasta nos gusta,
porque es un fuego distinto
el que cruje y el que puja
por quemarme entre los párpados,
un fuego que ya no asusta,
más bien un fuego que invita
a un gozo que no concluya.
Un fuego que no me achica
las pupilas, las aúna,
porque mirando ese fuego
del fuego más se disfruta.
Bailaba el fuego en San Marcos,
y ahora en San Julián repunta,
ahora en San Julián el fuego
es la devoción que triunfa.
San Marcos y San Julián
ardiendo en buenaventura.
San Marcos porque la añora
y San Julián porque es suya.
Rosario, fuego en San Marcos
que fue por el fuego asunta,
Rosario de aniversario
¡un repique de aleluyas!
¡Sigue ardiendo entre nosotros
el fuego de tu hermosura!

PEDRO ROLDÁN Y FERNÁNDEZ-ANDES

Entre las llamas de tu semblante precioso, con el atrevimiento del que en el amor no encuentra más consuelo que arder y consumirse en la presencia del amado, nosotros queremos también prender en esta Candelaria adelantada que octubre nos regala por la

víspera de una procesión tan especial como la que vais a organizar a la vuelta de una semana.

Un fuego de fervor prendido que este año transfigura e ilumina las semanas de octubre alterando ese orden establecido que nos aprendimos de pequeños. La Virgen del Rosario cambia su tercera semana por la última para que octubre por entero se le dedique con más ahínco a recitar su nombre como el que está leyendo su salvación en lo más arreciado del naufragio.

Un fuego de emociones y plegarias contenidas, un fuego de vivas y de fervores exaltados que vuelve a colgar de rojo y blancos los cielos que rozan los tejados de este barrio, que, ya confundido entre la rutina de lo extraordinario y lo extraordinario de esta efemérides singular, vuelve a revestir de gala lo estrecho de sus callejones y la anchura de sus plazuelas

Cual mozo pinturero de otro tiempo, anuda al cinto de la muralla un pañuelo de seda rojo y blanco que parece confundirse con los cordones de los hermanos de esta Orden Tercera de Santo Domingo, a cuyo Hermano Mayor y Junta de Gobierno, junto a las autoridades eclesiásticas y civiles que nos acompañan, representaciones de hermandades y otras entidades, a mis amigos y familiares, señoras y señores que han tenido la osadía de plantarse delante de este atril a escuchar a este insistente voceador de la belleza que ante la Virgen del Rosario tiene que esforzarse aún más en repujar una proclama que se iguale con el espectáculo maravilloso que nuestros ojos y nuestros sentidos gozan.

¡Quién pudiera imaginarse alguna vez desarrollo tan locuaz de la elocuencia barroca de las flores y la cera, de la luz y del color, como en este besamanos se nos muestra! Parece que este veintiuno de octubre ha trasplantado los calores del veranillo de San Miguel en que vuelve a manifestarse ese fuego en la cercanía de la imagen bendita de Nuestra Señora del Rosario, que hoy nos ofrece sus manos para que escribamos en ellas nuestra más íntima oración.

Una oración que habéis querido convierta en Pregón Extraordinario, intentando que dicha petición se resuelva con el mismo ahínco que ponen las monjas de Santa Paula cuando amasan con el mismo ahínco sin saber quién las probará –haz el bien y no mires a quién-, las secretas delicias de sus hornos y la almibarada tentación de sus mermeladas.

Toda esa dulzura, toda esa dedicación, todo ese primor jerónimo de Sor Bernarda, Sor Remedios, Sor Blesila, Sor Tiama y todas las madres de aquella casa quisiera que se apoderara de mi verso y mi palabra para que la Virgen del Rosario volviera a sentirse como entonces, como aquel primer día.

Yo me imagino a Rosario dejándola allí envuelta en blancos lienzo, como quien deja un trozo de sí misma, como una sombra de su tío Pepe, que de tanto quererla la ha puesto en los altares. Su tío Pepe...detrás de esas gafillas redondas había un hombre vividor que no supo de límites y que sacrificó su creatividad para encontrar en Madrid un lugar, un puesto y un trabajo en el taller del marchenero Coullaut Valera.

Pero antes de marcharse, dejó en la calle Arrayán, en aquel taller enjuto como la estrechez de la calle imágenes tan hermosas como la Piedad del Baratillo, para la que se inspiró en mi Pastora de Santa Marina o la Virgen de Gracia y Amparo, que nació a pocos metros de la que ahora es sede de su Hermandad de los Javieres. Pastora...Baratillo...Gracia y Amparo...me cae bien a mí Fernández Andes...

Y es que Pepe Andes, buen amigo de sus amigos, aficionado al cine y a las tertulias prolongadas en aquellas pensiones donde se alojaba cuando volvía al olor del incienso y las torrijas, Pepe Andes puso en esta Virgen del Rosario algo distinto.

Puso algo que no tienen sus otras imágenes, tan bellas y tan radicalmente femeninas las Vírgenes y tan hermosamente viriles los Cristos y santos que tallara aquel que ya sirviera de modelo para Castillo Lastrucci. De hecho en la foto de la bendición de vuestra Madre del Rosario, tan cerca del altar y tan enhiesto se me antoja un romano

escapado de los misterios de su maestro, que creaba las mejores escenografías en calle San Vicente. Yo me estoy imaginando a Pepe, gubiazo a gubiazo, tallando esta Virgen del Rosario teniendo por modelo a su sobrina, quien descubre una visita inesperada.

Te imagino, imaginero,
en el taller de Arrayán,
gubiendo allí...tan, tan, tan,
tan, tan, tan...el postinero
rostro en que ahora yo quiero
que pongamos la atención.
Yo imagino la pasión
que pusiste en su factura,
y en lo hermoso de su hechura
y en su griega evocación.

Te imagino yo alternando
como afanoso escultor
aquel gitano dolor
de las Angustias tallando.
Angustias iba cantando
al son de ese tan, tan, tan,
y esperaba San Román
sin hogueras encendidas,
esas manos desprendidas
que siempre su alivio dan.

Te imagino imaginando
un rostro lejos del llanto,
un rostro para este Santo
Rosario que estoy gozando.
Te imagino golpeando
con el lápiz...tan, tan, tan.
Te imagino en ese afán
con tu redonda mirada,
buscando la faz sagrada
que requiriéndote están.

Buscando la faz divina
y humana a la misma vez,
crees que la morena tez
de Rosario, tu sobrina,
la que por su piel trasmite
aquella sangre cubana,
le pondrá a la Soberana
el rostro. Para posar,
le dice: "Mira hacia acá
y agárrate a la ventana".

Rosario viene gustosa
al barullo del tallé.
"Mi cara quié tío José
para una Virgüen presiosa".
Y ella quieta, quieta, posa
como le pide el artista.
Tó el que pasa, la conquista
con requiebro zalamero,
pero hay que acabar primero
la obra, y no se despista.

Modela el barro marcando
las facciones, y se emboba
mientras talla en la caoba
la Virgen que anda soñando.
Rosario le va contando
a todos que es la modelo.
Rosario monta un revuelo
en la puerta de su tío:
"qué guapa que le ha salío,
si es que es la Virgen der sielo".

Quizás no habéis encontrado
la razón del tan, tan, tan,
que son gubiazos que están
en mi verso atravesado.
Mi canto se ha enrevesado
y es que no quiere seguir.
¡Con lo que os iba a decir
y mi verso no me deja!
¡Que vio a Rosario en la reja
y ya no ha vuelto a salir!

Rosario va una mañana
al taller de tío José
y allí sorprendida ve
que hay una flor que se ufana
de que ya adorna galana
la imagen sin bendecir.
Y no sabe qué decir
pues nadie la ha traído.
Punto en boca, no ha querido
preguntar ni requerir.

¿Quién las flores traería?
¿Quién allí las rosas puso?
¿Quién fue el devoto profuso
qué así se adelantaría?
Si tío José no quería
que la vieran ¿cómo están
allí flores? Cuidao el plan.
Rosario con esa inquina.
José la Virgen termina
a fuerza de tan, tan, tan.

Rosario, que ya es mi amiga
tan curiosa y tan locuaz,
yo ya sé que no es capaz
de quedarse con la intriga.
Así Rosario investiga
la manera de volver
después de cerrar y ver
las flores de dónde vienen,
las flores qué origen tienen
y quién las viene a traer.

Está el taller del escultor
sin el tan, tan, tan, vacío,
cansado, triste, sombrío,
falto de vida y calor.
Rosario aguarda al autor
detrás del banco escondida.
De repente, aparecida,
sin precisar de la puerta,
queda vista y descubierta
la duda, y al fin vencida.

¡Ay, por Dio, ¿quién es usted?
y a la pregunta insistente,
no hay respuesta convincente.
¿Vuesarced? ¿Vuesa de qué?
¿Usted se cree que se pué
entrá así de esta manera?
Vuesarced, yo no quisiera...
¿Que no quieres? ¡Pues ya sabes!
¡No te hacen falta las llaves!
¡Puerta, camino, aligera!

Vuesarced, déjeme hablar...
Vengo de un tiempo distinto.
Vengo de un sacro recinto
donde no puedo habitar.
Busqué para descansar
un sitio, el mejor que había,
del Rosario de María

a las plantas del retablo.
No sabréis de lo que hablo.
Sabed que os lo explicaría,
si hubiera tiempo y lugar,
mas solo habréis de escuchar
que este espíritu que ha entrado
viene a dormir confiado
para no más despertar.
Vine yo como llamado
del ruido, del tan, tan, tan.
Yo fui maestro inspirado
fue mi nombre y mi recado
Maese Pedro Roldán.
Abandoné el ostracismo
de una tumba polvorienta,
para saldar una cuenta
pendiente conmigo mismo.
El primer Roldán de todos,
hoy tus plantas engalana
el que enseñó a la Roldana,
esas formas, esos modos
de la talla sevillana.
Pedro Roldán, visitando
un taller como aquel mío.
El corazón se me inflama
ese taller recordando
de la calle Valderrama
donde dije “En Dios confío”,
muriendo sobre mi cama.
A San Marcos me llevaron
a esperar la feliz hora.
Gocé del descanso eterno
en San Marcos, pero ahora
estoy echando de menos
su presencia cariñosa.
Su carita de princesa,
de emperatriz y señora,
su bendición que no acaba,
su auxilio que me hace cortas
las centurias a su vera
mientras espero ese premio
que los bienaventurados gozan.
Por eso traje estas flores
del pensil de la memoria,
y así prometo llevarlas
donde esta Virgen preciosa,
tenga su altar y su casa,
donde la lleve la historia.
Pedro Roldán ha cumplido
su promesa categórica,
nunca faltaron las flores

a los pies de la Señora.
Flores de Resurrección,
Santa Marina y Aurora,
geranios y crisantemos,
calas de claustro de monjas,
y lirios en San Luis
y retamas milagrosas.
Pedro Roldán, portavoz
de su barrio, no abandona

esa devoción insigne
que injustamente se ignora.
Aquellas flores que son
laurel y honor y blasón,
y amor trenzado en corona.
¡Flores que el pregón pregona
que sigue Pedro Roldán,
dejando aquí en San Julián
las flores a su Patrona!

GLORIA DE LOS SERVITAS

Pedro Roldán ha venido a representar la lista de nombres anónimos que a lo largo de tantos siglos, desde aquella lápida, y aquellas bulas, y aquellos libros perdidos, han pasado ante la imagen de Nuestra Señora del Rosario, vinculando para siempre las calles de San Marcos a la devoción dominicana de los cincuenta avemarías.

Mujeres del pueblo, niños recién bautizados, artesanos y hombres de las huertas de extramuros que entregaban su jornal a mayor honra y gloria de la Virgen, cuya devoción valoraron ricamente santos como San Juan de Ávila, casi sevillano, que llegó a firmar que prefería “perder el pellejo” antes que perder el fervor que profesaba a la Madre del Salvador.

Del más alto al más bajo se entregaban al rezo del Rosario, siendo los propios monarcas de España el mejor ejemplo. Sería un mero trámite, pero a Felipe III, que aprobó nuestra Regla y nos concedió el título de Real, le había advertido su padre: “Hijo mío, si quieres que tus estados prosperen, no olvides el rezo del Santo Rosario”.

Y así todos iban recitando el Dios te salve como quien respira en las palabras el aire que necesita para vivir. Rezaron el Rosario aquellos que volvieron a San Marcos perdidos en la tribulación. En el Rosario se ofrecieron todos los vecinos del barrio, los de siempre y los recién llegados, haciendo caso omiso de tormentas y tempestades y ofreciendo a María Santísima la oración primorosa de las cuentas.

La Virgen del Rosario había sobrevivido, y con ella un recoleto templo vecino. La Capilla de los Servitas, asaltada también, pero intacta a los ojos de los que habían visto en alberca la iglesia tan solo medio metro más atrás. Rosario ha tenido muchas casas, muchos altares, pero no caigo en equivocación si afirmo que el templo de los siervos, donde tiene encerrado el corazón mi presentador, a quien agradezco tantos parabienes inmerecidos, ha sido casa de todos los hermanos del Rosario de San Julián.

Ante cualquier necesidad o imprevisto, sus puertas estuvieron abiertas. También los Servitas sabían quién llegaba y se aposentaba entre esos muros encalados. Fue la Virgen del Rosario, en los años treinta, en los setenta y en los noventa, siempre la mejor vecina.

Fue la Virgen del Rosario
la gloria de los Servitas.
De aquellos hábitos negros
de reservado carisma,
de aquellos cultos de viernes
de cuaresma y de ceniza
de aquellas tristes coronas
dolorosas como espinas,
que se hincaban en el pecho
de la Piedad y ponían
más puñales, más que siete
sobre su angustia infinita.
Allí todo era sufrir,
allí todo era agonía,
allí todo Cristo muerto

y la Piedad de María.
Allí, en aquellos altares,
allí en aquella capilla,
allí, entre los violeteros,
y macetas de pilistras,
las mariposas del llanto
su amargura consumían,
y en los espejos de azogue
del camarín se perdía
la luz que fue en otros tiempos
deslumbre de las pupilas.
Allí también la barbarie
del fuego y de la codicia,
vacío de las cajoneras
las casullas escondidas,

quemó los vasos sagrados,
las especies eucarísticas,
y así quedó destrozada
y rota la sacristía,
reinando la Soledad,
como reina todavía,
llorando al pie de la cruz
el luto de la injusticia.
Fue la Virgen del Rosario
la gloria de los Servitas.
Porque lo quiso el destino
a la parroquia, impedida,
la que fue templo mudéjar
y en otro tiempo mezquita,
le prestó sede y altar
la paredaña capilla.
De pronto, dejó tres naves
y quedó empequeñecida,
y lo que pudo salvarse
y lo que más falta hacía,
la devoción de aquel barrio,
y sus abiertas heridas,
puso en los Siete Dolores
el altar para sus misas.
Y allí fue todo San Marcos,
y allí, nueva y renacida,
fue la Virgen del Rosario
después que el agua bendita
se derramó en Santa Paula
en su caoba purísima.
¡Qué contraste al contemplarlas!
¡Radicalmente distintas!
¡La Virgen de los Dolores,
como una madre afligida,
nuestra Virgen del Rosario
con esa cara de niña!
Rosario, de rojo y oro,
con la cintura ceñida
por el manto y las alhajas
que en su joyero tenía,
vestida de excelsitud
orlada de luz divina.
La Virgen de los Dolores,
toda de negro vestida,
Por eso lo que yo digo,
de por sí se justifica.
Fue la Virgen del Rosario
la gloria de los Servitas.
Cuando marchó a San Luis
de los Franceses pedían
los ángeles del retablo

“Rosario, ¿a dónde caminas?”
¡Cuánto la echaba de menos
con su jovial simpatía,
la servita rectitud
que allí quedaba escondida!
¡Rosario, vas a volver!
¡Vas a volver!, repetían
san Juan y la Magdalena
junto a la Madre afligida.
Cuando no estuvo, añoraron
nuestras costumbres letíficas:
las bandas y los cohetes,
las flores blancas prendidas
en las jarras y en el friso
crisantemos y estrellitas,
los cultos del mes de octubre
besamanos y estampillas,
colectas de poca monta,
cestillos de perras chicas.
Cuando el Rosario volviera
a los Servitas había
cambiado aquella penuria
que encontró al ser bendecida,
surcando el Sábado Santo
en tan peculiar vigilia
de sudario blanco al viento
sobre la cruz aturdida.
Con un especial estilo,
con un peculiar carisma,
con una forma de ser
imitada y requerida,
asombro y admiración
cofradiera de Sevilla.
Fue la Virgen del Rosario
la gloria de los Servitas.
Ya en su paso, cual la vemos
en la Reina convertida,
sobre el delirio barroco
del amor de aquel tallista
que en el templo de los siervos
dejó su marca y su firma,
en aquel ambón tallado
donde el águila se inclina
cuando canta Stabat Mater
la secuencia de su día.
Volvía el Rosario en octubre,
como vuelven florecidas
las varas de nardos blancos
jugando en la crestería.
Volvía el Rosario en San Marcos
en procesión solemnísimas,

en la época dorada
sin límites y sin cifras,
donde los sueños cumplidos
multiplicaban la dicha.
Volvían a estar frente a frente
dos caras, siendo la misma.
La más clara luz del cielo
frente al negror que se inclina
sobre el blanco de las sábanas
que a su Hijo purifica.
La Virgen de los Dolores,
en su llanto distraída,
encontraba en tu riqueza,
Rosario, la paz perdida,
parecían menos puñales
las espadas combativas.
La Virgen de los Dolores
llega Octubre y no precisa
campanas que le pregonen
una inminente visita.
Que es la Virgen del Rosario
la gloria de los Servitas.
Se torna su penitencia
en gozosa letanía,
mientras cada vez más cerca
suenan el compás de la Oliva.
San Juan y la Magdalena
celebran que se ilumina
la capilla de los Siete
Dolores de avemarías,
de la gloria del Rosario
por esta Virgen bonita.
Llega Rosario a la puerta,
y la añoranza la inclina,
a entrar por si los Dolores
de su consuelo precisan.
Porque en verdad, cuando llega
Rosario, y la comitiva,
parece que está de nuevo
saliendo de la capilla,
se entiende por qué la Virgen
de los Dolores suspira,
cuando se marcha la Reina
del Rosario vuestra y mía.
Fue la Virgen del Rosario
el remedio a sus desdichas,
Rosario, punto y aparte
cuando su luz se extinguía.

Rosario, gozo del barrio,
de la parroquia perdida,
y en sus Dolores el gozo
que el Rosario multiplica.
Por eso vuelven a verse,
Dolores la necesita,
Dolores olvida el llanto
que en Providencia termina.
Rosario borra sus penas,
Rosario lágrimas limpia
y pone cinco misterios
de gozo entre la agonía.
Se transfiguran los llantos
de la Madre piadosísima,
y de las túnicas negras,
brota un canto de alegría.
Se cambian Siete Dolores
por incontables sonrisas.
Pasas rompiendo tinieblas
y al llegar una caricia
de tu gracia sin igual
se instala en la cofradía.
Y esta Virgen soberana,
cuando pasa, certifica
lo que yo os iba diciendo
mientras contaba y leía,
que todo el año parece
que aguardan a su venida.
Porque ella pasa y se acaban
esas coronas tristesísimas,
¡Gloria al Padre, Gloria al hijo
y al Espíritu de Vida!
¡Gloria al Padre, Gloria al Hijo,
y al Espíritu! recitan,
cuando en su paso de gloria
pasa Rosario encendida,
poderío y majestad,
y elegante algarabía.
Se torna el Sábado Santo
en domingo rosarista,
y en reverencia a los gozos
de esta Virgen preciosísima,
rezan la jaculatoria
cambiando el ritmo y la rima.
¡Gloria al Padre, Gloria al Hijo!
porque las penas nos quitas
que es la Virgen del Rosario
la gloria de los Servitas!

UN ROSAL EN SANTA PAULA

Nos quedaba una estación en la que detenernos. Una casa de oración donde la Virgen siempre fue una más, de donde salieron muchos de los más ilusionantes proyectos de su historia, donde nació a la gracia del Padre como creación humana inspirada por su soplo divino. Sabréis a dónde quiero llevaros porque sabéis que todo empieza en Santa Paula.

Santa Paula es algo así como recoleta catedral para el Rosario. Con su claustro, su coro, su órgano, su bóveda de crucería, su cabildo y su priora. El Rosario llevó a cabo en Santa Paula y lo sigue haciendo aquello que Sor Cristina de Arteaga escribió y ahora se difunde por Sevilla en pequeñas cartulinas celestes. “Sin saber quién recoge, sembrad, serenos sin prisas, las buenas palabras, acciones, sonrisas”.

La Virgen del Rosario cuando llega a Santa Paula no sabe a qué religiosa le hará más bien, alegrará más, hará más sonreír en esa mañana de mayo en que vuelve a hospedarse como una jerónima más en el monasterio. Este año se hizo esperar, pero aguardó a la fecha exacta. ¡Qué buena elección! Antes de llevarla al centro, a la Campana, a la Avenida, habéis querido que disfruten de Ella aquellas que menos pueden verla. “Y Dios que ve en lo escondido, os lo recompensará”.

La Virgen del Rosario, cuando vuelve a Santa Paula, lleva siempre preparada una labor, un trabajo, que nadie puede ver, pero que los gatitos amaestrados del claustro parecen intuir con su sentido especial. La Virgen también se sabe de memoria la frase de Sor Cristina...Sembrad... La Virgen a quien tanto quiso toma la palabra de aquella priora que tiene que ser santa porque en ella residía la grandeza de Dios.

Llega la Virgen del Rosario y atraviesa la puerta del compás con la dificultad de la puerta estrecha que tienen todas las cosas del Señor. Mientras el coro sigue repicando los crócalos y cascabeles, ella se reviste por dentro con un mandil como el que se pone sor Maricuchi cuando amasa alfajores y turrón. Lo lleva por dentro, escondido entre las enaguas que siempre sus camareras mantienen limpias y tersas para que Ella las use. Llega la Virgen del Rosario como un rosal y deja cada año un nuevo rosal en la clausura.

La Virgen lleva en sus brazos
la rosa que nos salvara,
rosa que abiertos los brazos,
el Rosario nos regala.
Rosa es el Niño Jesús,
que Manolito se llama,
rosa del rosal judío
del rey de salmos y arpa.
La Virgen lleva en su vientre
como a la cintura atada,
como brotando del seno
donde Jesús reposaba,
una rosa como de oro
que se enreda y que traspasa,
por encima de los pliegues
del manto con que la enmarcan.
La Virgen, como una rosa,
ella misma y sin metáfora,
florece, como en prodigio,
allí donde te haga falta.
Ella se da por entero,

y si su amparo cortaras
del rosal y la llevases
del enfermo hasta tu casa,
florecería de nuevo,
y en su retablo de guardia,
se quedaría esperando
como una rosa en su rama.
Como una rosa su Niño,
como rosa que me abraza
mirando tierno a su Madre,
como rosa que traspasa
los encajes, los bordados,
el cingulo y las alhajas,
la rosa de la cintura,
que asoma, que a mí me encanta,
y rosa, la rosa misma,
Rosario de mi alabanza.
En mi oficio pregonero,
dispuesto siempre a mudanzas,
carpintero y jardinero
y pintor fui. Me tocaba

olvidarme del temor
ante las páginas blancas,
con tres rosas un rosal
he sembrado en mis palabras.
Sembrador seré yo ahora,
con la Virgen Soberana,
sembrar contigo, Rosario,
¡qué buen jornal me regalas!
Sembrar contigo las flores
como quien siembra plegarias,
sembrar semillas de rezos,
de oraciones susurradas,
para que así de repente,
como si no se notaran,
florezcan en tu cintura,
y en tu altar sobre las jarras,
rosas del Avemaría
que se reza y no se calla.
Yo quiero sembrar contigo
las flores que, asilvestradas,
ya no hagan falta semillas
para que broten lozanas.
Yo quiero ser sembrador
de Rosarios de esperanza.
Tú sembradora conmigo,
tú labriega fina y guapa,
con rosas en la cintura
siempre frescas y doradas,
reflejando el resplandor
de tu cetro y de tu ráfaga.
Yo quiero sembrar contigo
Padrenuestros que deshagan
las ofensas de cuchillos
que los hermanos se lanzan.
Yo quiero sembrar contigo
“Gloria a la Trinidad Santa”,
Gloria al Padre, Gloria al Hijo
Gloria a la paloma blanca,
que arte entre llamas de fuego
en tu corona dorada.
Yo quiero sembrar contigo
letanías lauretanas,
“ruega, Madre, por nosotros”
mientras remuevo la azada.
Yo quiero sembrar contigo
los frutos de las parábolas,
y dar el ciento por uno
de lo que Dios me prestara,
y no dejar la moneda
de mi carisma enterrada.
Yo quiero salir contigo,

al despuntar la mañana,
como sales siempre en mayo,
como una rosa de Pascua,
como un rosal que revive
tras el sepulcro y la lápida.
Yo quiero marchar contigo,
Rosario, porque me arrastras,
y a la aurora nos convocas
con el jornal de tu gracia.
Rosario, tú tan coqueta,
Rosario, y aristocrática,
sales como gran señora,
sales como augusta dama,
con las galas más sencillas
pero radiante y tan plácida,
que no precisas rubíes,
ni topacios ni esmeraldas,
porque te bastan las perlas,
silvestres y cultivadas,
que son del Santo Rosario
la semilla que se planta.
Tú tienes, Madre, un Rosario,
que en la clausura te aguarda,
y fuiste un doce de octubre
cuando menos te esperaban.
Un Rosario de rosales
rojas y blancas y gualdas,
un rosal en cada esquina
de aquella celda monástica,
que tiene cielo por techo
y cipreses por ventanas.
Un rosal en cada punta,
y en los rosales colgadas,
rosas que son del Rosario
avemarías que hablan,
que huelen y que se mustian,
si la luz limpia del alba
y el rocío mañanero
no los moja y los empapa.
Por eso tú, que eres fuente
y manantial de agua clara,
que eres torrente de amores
que no cesa y no se cansa,
sales a reverdecer
los tallos que tú sembraras.
Por eso en mayo es el tiempo,
en mayo es la fecha exacta,
aunque este octubre has querido
alargar la temporada,
a ver si así recogías
más flores que te adornaran.

Yo quiero sembrar contigo
rosales de los que alcanzan
tu amor siempre comprensivo
y tu clemencia magnánima,
rosales de tu refugio,
que siempre alerta no falla,
como no fallan las flores
en el compás cuando pasas.
Yo quiero sembrar contigo
los rosales que se alzan,
cuando en la misa de ocho
avisan con las campanas
que está el milagro eucarístico
manifiesto sobre el ara.
Yo quiero sembrar contigo
los rosales que azucaran
las confituras benditas
tornadas en mermelada.
Yo quiero sembrar contigo
los rosales que se igualan,
siendo rosales contigo,
rosal que nunca se acaba.
Rosal que vuelve por mayo

cuando los jilgueros cantan,
a bendecir los rosales
de Cristina de Arteaga.
Yo quiero sembrar contigo
rosales de tocas blancas,
hijas del Divino Amor
que el coro bajo resguarda,
con saris de seda rica
bajo la estameña parda.
Yo quiero sembrar rosales
con una rosa escapada
del rosal de tu cintura,
todo bienaventuranza.
Con su ardiente corazón
toda en bienaventuranza.
Y Ella en mayo vuelve a ser,
sembradora de las almas.
Cuando Mayo es un Rosario
mi Rosario nunca falla.
“Sembrad”, dice Sor Cristina
ella va, siembra y se marcha.
¡Ella siembra los rosales
del compás de Santa Paula!

LOS COFRADES DEL ROSARIO

La Virgen del Rosario va sembrando rosales allí donde la lleva la devoción de sus hermanos, de sus hijos, de los que han puesto en ella su confianza y devoción. Son los hermanos la pieza clave en este pregón porque sin ellos, sin el impulso que ellos dieron a la Hermandad poco antes de la Guerra y la continua dedicación que demostraron desde entonces hasta ahora, sin contar lo que ante habían hecho, no tendría sentido ni podría celebrarse aniversario de ningún tipo.

Son los hermanos del Rosario como aquellos que no encontraban riquezas en las que vanagloriarse y se gloriaron honradamente en aquello que sus manos pudieron construir. Hermanos del Rosario que a lo largo de la historia fueron desde lo más altos hasta los más humildes, las marquesas y condesas más elevadas hasta las hermanas del convento del Socorro, con las cuales la Hermandad tiene que demostrar que siguen siendo como en otros tiempos fundamentales en el desarrollo de la vida de la corporación.

Esta realidad de los hermanos del Rosario de San Julián la conocí casi de la misma manera que cuando juegan los niños a intercambiarse estampas, dos tienen la misma pero uno de ellos acaba de encontrar una que tiene como premio una vida de hermandad apasionante. Estábamos acostumbrados a una manera distinta y, cuando él se hizo del Rosario y yo de la Pastora, entendimos cuál era nuestra verdadera vocación.

Eran los tiempo de José María Linares como hermano mayor cuando yo empecé a fijarme en aquellas semanas culturales del mes de mayo en la que os reuníais para aprender algo más y disfrutar de la convivencia fraterna. Fue el Rosario de San Julián, al principio, una de las más distantes para mí, pero poco a poco, con el ritmo natural de las cosas, los cofrades del Rosario fueron convirtiéndose en amigos con los que disfrutar y sufrir

Cofrades a los que responder ante cualquier compromiso, a los que ofrecerse para que la entrada de la Virgen fuera algo más monumental, fuera una entrada de “Virgen de

Poderío”. Por eso quiero expresaros mi gratitud de alguna forma, reconociendo vuestros
cimientos. Seguid como sois distinguiéndoos entre los cofrades letíficos.

Aquí me quito el sombrero,
porque lo merece el caso.
Yo me postro ante vosotros,
me arrodillo y descabalgo
de esta jineta de versos
que es el pregón que os regalo.
Mira que habré conocido
cofrades siempre volcados
con su hermandad y con su Virgen,
dispuestos a dar el pálpito
de su pecho y de sus venas
la sangre si es necesario.
Cofrades de gloria tengo
por amigos, por hermanos,
que se quitan de comer
para juntarlo y ahorrarlo
para que luzca más bella
la devoción de su barrio.
A cofrades como ellos
he querido que este año
la exposición de las Glorias
del Consejo que preparo,
sea un sencillo homenaje
que en algo pueda premiarlos.
Son los que a través de siglos
se han distinguido luchando
por la Virgen de sus padres
de sus hijos y allegados.
Mas si no encontrara ejemplos
de estos cofrades que os hablo
me vendría a San Julián
y la historia repasando,
encontraría modelos
para ilustrar mi catálogo.
Yo me honraré para siempre
de conocer en el trato
la simpatía cercana
de don Antonio Velasco.
Antonio es la historia viva,
Antonio conoce el caso,
Antonio tiene las llaves
del instante retratado
en blanco y negro en las hojas
del presente y del pasado.
Antonio, te conocí
por el gozo ilusionado
de aquel niño que era entonces
como yo, el que está hilvanando

testimonios y secretos
para en su mente guardarlos.
A Antonio lo conocí
porque elogió su trabajo
José Francisco Armengol,
prioste que se ganaron
los que apostaron por él
en su valor confiando,
igual que hicieron conmigo
entonces en calle Amparo.
Lo que en un sitio perdieron
otros bien lo disfrutaron.
Armengol, como ya os digo,
me habló de Antonio y, contando,
la historia de su Hermandad
me destacó en su recalco
un nombre que yo aprendí
y que aún no he olvidado,
su nombre y dos apellidos:
Guillermo Olivares Magro.
Bordador si es que hacía falta,
pintor para un buen apaño,
prioste de los secretos,
devotísimo, entregado,
villaverdadero y fontana
Aguas Santas regalando.
Detrás de cada detalle
que Armengol me había contado,
Guillermo puso su firma
invisible en el contrato.
Guillermo el de los faldones,
Guillermo, el que hizo el manto,
Guillermo, el de aquella insignia,
Guillermo...todo en sus manos,
haciendo de los recortes
orgullo de lo bordado.
Bordado...si es que bordan
las estrellas y los pájaros,
si es que los amaneceres
se bordan, bordando a mano
será Pepe Luis Benítez
quien atienda los encargos.
Benítez, José Luis,
el sastre de lo sagrado,
el sastre siempre al servicio
con taller en calle Francos.
El que rindió las agujas
y el bastidor al encanto,
de aquella Virgen morena

que en San Julián levantaron,
poniendo tanta ilusión,
poniendo su fuerza y garbo,
con la segura certeza
de lo que dice aquel salmo,
de que el Señor no abandona
las obras de nuestras manos.
Con sus manos, todos ellos
bordadores y tallando
Antonio Díaz gubiaba
un futuro ilusionado.
Antonio, la crestería,
Antonio, los candelabros,
Antonio, la nueva ráfaga,
Antonio adaptó el retablo,
Antonio siempre que pudo,
de su trabajo quitándolo,
tallo para San Julián
lo más difícil logrando.
¡Cuatro medallas de oro,
cuatro voces para el canto
de la Salve de Quevedo,
que yo crecí recordando
leyendo en el boletín
que Mérida preparando
llegaba hasta la Pastora
con el saluda doblado.
Y allí ya en el boletín
los nombres fueron sonando
cada vez más familiares:
Noemí, Pedro, Juan Carlos,
Mari Carmen y Joaquín,
Loli, Paqui, Emilio, Paco,
que no me quiero olvidar
y que por eso me callo,
sumados a los de ahora,
con Javi Díaz Peinado,
con Álvaro el mayordomo,
y con Arturo Rojano,
con mi Carmen Carabantes
y mi Josema Arreciado,
con Marta y con Rafael,
con los jóvenes lanzados,
con los que montan las Fiestas
las barras, la Cruz de Mayo,
a todos que sois ahora
locos de Macasta os canto.

Tenéis tan buenos ejemplos,
maestros tan reputados,
voces experimentadas
en cualquier trámite y trago,
¡qué sana envidia que os tengo
qué sanos celos que os guardo!
Solo habéis de preguntar
a Antonio y él, abajando
la mirada bonachona
vuestras dudas va aclarando.
En Guillermo y en Antonio,
y en Pepeluis y en Velasco,
están los cuatro puntales
de lo que ahora gozamos.
Seguid como estáis ahora,
deslumbrantes, desbordados,
la magia de la sorpresa
la estáis siempre utilizando.
La voz de Santo Domingo
de Guzmán resuena en alto.
Sois herederos y dueños,
sois autores y encargados,
sois lo que lo hacéis posible...
No dormiros, no cansaros,
no decid nunca que no,
decid que sí, que para algo,
dejaron su vida en esto
los puntales rosarianos.
Demostrad que estáis con Ella
y por Ella estáis luchando,
porque no supere nadie
vuestro estilo y vuestro garbo.
No descanséis ni un minuto,
que no frenen vuestros pasos,
accidentes, ni peleas,
ni argumentos enfrentados.
Recordad los que no están
y siempre, siempre, miraros
en ese espejo que os queda
que es vuestro Antonio Velasco.
Pensad lo que ellos harían
y hacedlo, que estáis tardando.
¡Como ellos han vivido
vivid también demostrando,
que así viven y así mueren
los cofrades del Rosario!

CELEBRANDO LA BENDICIÓN DE LA VIRGEN

Si hay que vivir y que morir, yo me apunto también a ser cofrade del Rosario, pero sin papeles de por medio, con el compromiso eficaz y permanente de quien sabe en qué manos se confía y qué compañeros se busca para el viaje de la vida.

Viaje de la vida como cofrades del Rosario que ha de continuar cuando termine octubre, cuando los fastos del aniversario se den por concluidos y empiece el reto del día al día, que es más difícil porque no hay destellos que lo adornen más que en los ojos ilusionados del hermano que a nuestro lado pelea porque la Hermandad sea la mejor, la más costeadada, la más querida por todos.

En esa labor quiero que continuéis, amigos, y para eso, el pregón tiene que continuar para que pueda concluir este fin de semana de besamano que hemos disfrutado intensamente. Tiene que acabar el pregón para que el paso tenga al fin sentido y aloje y eleve y entronice a la Patrona del Barrio de San Marcos. Y después de la procesión también. Tenemos que ser como el salmista, cuando en las bodas dice: “Bendigo al señor en todo momento”.

En todo momento y lugar, en toda circunstancia tenemos que alabarlo y glorificarlo. Y para bendecir al Señor, no tenemos que encontrar mejor motivo que el que nos ha reunido hoy. Bendecimos al Señor por la bendición de la Virgen, bendición que se irradia del Sagrado Corazón de Jesús encerrado en el Sagrario y que la Virgen bendita extiende por mandato de Jesús y convicción propia: “Haced lo que Él os diga”.

Y así, a todos los que hemos celebrado la bendición de la Virgen nos bendiga Dios Todopoderoso, y nos impulse y nos anime a seguir demostrando el amor que le tenemos. Porque sin la bendición de la Virgen no somos nada, ni a nada podemos aspirar. Sin la bendición de Nuestra Señora, que es como la bendición de nuestra madre antes de lanzarnos a cualquier reto, no iremos bien guarnecidos.

Sin la bendición del Rosario entre nuestras manos, las cosas tendrán sentido, pero irán vacías, porque no habremos confiado en su poderosa intercesión. Por eso yo he querido, durante todo este año, aplicar por vosotros oraciones y súplicas. Y ahora que termina el Pregón, quiero contaros el caso, sin secreto ni omisión.

Yo no sé por qué razón
llevo celebrando un año
esta hechura y bendición.
Yo no sé lo que me has hecho,
no sé qué magia secreta,
con ese cetro adornado
de corales y de piedras,
no sé qué embrujo de amores,
no sé qué secreta ciencia,
tienen tus ojos nostálgicos,
tiene tu mirada tierna,
tienen tus pómulos tersos,
tu piel de mirto y canela,
tus labios, como un manojo
de amapolas que se mezclan
con el trigo de tu piel
que late siendo madera.
Pensaba en ti cada lunes
cuando el párroco celebra
la misa frente a tu altar

y cada lunes tu fuerza
me impulsaba a no rendirme
en la diaria tarea.
Yo no sé por qué razón
llevo celebrando un año
esta hechura y bendición.
San Julián está de gozo,
San Julián está de fiesta,
la ojiva se extraña al ver
trasiego de parihuelas.
Todo es poco, todo es poco,
todo corto se nos queda,
que está tres cuartos de siglo
cumpliendo la que nos presta
su protección y su aliento
cuando se tuerce la senda.
Yo no sé por qué razón
llevo celebrando un año
esta hechura y bendición.
Esta hechura y bendición...

espera, romance, espera,
sí que tiene fundamento
lo que el Rosario celebra.
Lo que estáis conmemorando
no es un día ni una fecha,
es la bendición constante
con que esta Virgen os premia.
La bendición fue aquel día
en Santa Paula, más no cesa,
aquel rocío precioso
que volcaron sobre Ella,
se vuelve sobre nosotros,
nos inunda y nos anega,
y no nos deja de lado,
y no se suelta esa cuerda
que está anudada a su pecho
y nos guarda y nos alienta.
Fijaros qué giro da
de pronto la historia vuestra.
Ahora el cartel de Ramírez
tiene otra lectura nueva,
y el logotipo de Luna
algo nuevo representa.
No es en sí la bendición,
que también, lo que festejan,
es lo que vino después,
lo de ahora y lo que queda,
no es sólo la procesión
que en seis días, a la vuelta
de una semana promete
deslumbrar a quien la vea.
¿Qué es lo que estáis celebrando?
Les preguntas. Te contestan:
“La bendición de la Virgen”.
La bendición de la Virgen.
Esa sí es buena respuesta.
Acertada y puntual,
bien concebida, completa.
La bendición de la Virgen,
es lo que reviste y cuelga
de banderas y de pétalos
Duque Cornejo e Hiniesta,
y calle Lira celosa,
y el Juzgado y las estrechas
calles por las que caminas
Banda del Sol en cabeza.
La bendición de la Virgen,
su protección manifiesta,
no es sólo una procesión,
ni un Besamanos, no empieza
cuando atraviesa la ojiva

ni acaba al cruzar la puerta,
la bendición de la Virgen
tenéis que dejar que envuelva
vuestra vida por completo,
y entenderéis la razón,
de celebrar todo un año
esta hechura y bendición.
Bendición la de la Virgen,
bendición que es como un beso
que os va a devolver la Madre
en los peores momentos,
cuando Octubre desemboque
en los fríos del invierno.
La bendición de la Virgen
será la lluvia en el yermo,
y la luz en las tinieblas,
y la sal y el condimento
que en la vida rutinaria
nos falte a todos por dentro.
La bendición de la Virgen
que no acaba en un festejo,
que se alarga y continúa
mientras sigamos viviendo,
y cuando acabe esta vida,
y nosotros rematemos,
la procesión de la tierra
y empecemos la del cielo,
serán los nuevos cofrades
del Rosario los que llenos
de júbilo en la efemérides
celebren quizás trescientos,
mientras nosotros gozamos
la bendición en lo eterno.
Todos entonces, San Marcos,
y San Julián, con su templo,
Santa Paula y San Luis,
la capilla de los Siervos,
el retablo de las Mauri,
y el de Emilio en azulejos,
los que fueron, los que son
los que serán también luego,
los amigos, los hermanos
y la voz del pregonero.
Todos disfrutando entonces
qué bien suena si lo pienso,
la bendición de la Virgen
del Rosario con quien llego
al final de esta oración,
de esta exaltación que ofrezco.
La bendición de la Virgen
notarla, gozarla quiero.

Comparte nuestra ilusión,
y ten a bien concedernos,
lo que en nombre de Jesús
y en nombre de ellos te ruego.

Atiende nuestra oración
y haz que ante ti celebremos,
Rosario, tu bendición,
hasta el final de los tiempos.

HE DICHO